

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 3, Diciembre 1994

Marta

Judith Grosgold

pp. 95-96

Marta

Judith Grosgold

POETA volteó el rostro en dirección al océano y se buscó en la claridad de ese espejo. Recorrió con su lengua la indefinida ovalidad de sus labios. Tenían un sabor parecido al de la sal. El cabello largo, atado ocasionalmente con un viejo cordón de zapatos igualmente decrépitos. El viento desató el nudo y el cabello suelto insistía en golpear su rostro. De repente, esa visión especular se hizo insoporrible. Las manos dentro de los bolsillos ahuecados del pantalón, un movimiento imprevisto, dio media vuelta y un poco acaracolado caminó hacia la calle pavimentada, que jugaba en relación paralela a ese trozo rectangularmente infinito de arena. No se dio cuenta de la caída del sol, no fue testigo de ese desprendimiento. El cabello continuaba molestándole; era como Lucía, no, como Marta, se metía por todas partes, en los ojos, en la boca, en el alma. Recordó el parque y la banca despintada, recordó las palomas y finalmente recordó a Marta.

—Hace frío, ¿no?

—Un poco —contestó sin observar al extraño que la cuestionaba; al fin y al cabo quién tenía fuerzas para voltear la cabeza, hacer uso de los músculos, mover la materia, dejar de lado lo estático, para toparse con un ser que probablemente tendría dos ojos, una nariz como todo el mundo, la fastidiosa humanidad.



Prefería el cuadro de ese horizonte cortado que el parque le ofrecía. Un esquema fijo, inalterable. Hacía ya mucho que se había convertido en amante de los parques. Los buscaba por toda la ciudad y en cuanto los hallaba, anotaba en su libreta, ésa que siempre llevaba en el bolsillo de atrás del *jean*, la dirección exacta. Memorizaba su ubicación, y al volver a la monótona soledad de ese cubículo amarillo, incrustado en el segundo piso de la pensión amarilla, sobre la avenida 20 de julio, ahogada por el peso de ese polvo amarillento que invadía por completo su no-ser, colocaba una tachuela de color rojo sobre la planicie del mapa que colgaba en la pared amarilla del cuartucho.

—Me gustaría hacerte el amor.— Una declaración transparente, pura verticalidad, una exhortación, una orden, un comando. Algo en esos ojos grises, distanciados, lo obligaban a esa completa sinceridad.

Marta dejó olvidado su cepillo de dientes, pensó Mauricio, despejando su cara, enredando sus dedos en la laberíntica desesperación de esa maraña de hilos.

Huele a sábanas limpias. Todo es blanco. Las paredes blancas, el sueño es blanco, el silencio es blanco, la respiración es blanca, el sexo es blanco.

—¿Cómo te llamas?

—Marta.

Me gusta lo blanco, pensó en voz alta, sin dirigirse al otro bulto blanco que se desdibujaba bajo la levedad de la sábana.

—Ah, ¿sí?, a mí ni me viene ni me va.

—¿Y tú?

Y yo, pensó rascándose la pierna a través del hueco enervante del bolsillo. El frío de la noche le arañaba los huesos. La ciudad se precipitaba en su intolerable acercamiento. Más espacio, más espacio, rogó.

—¿Yo? Poeta o Mauricio, como tú quieras.

La claridad de la mañana amenazaba la quietud del vidrio de la única ventana de la habitación, la cama en el centro.

—¿Vienes?

—No, no puedo, no tengo mi cepillo de dientes.

Subieron a un taxi. La avenida 20 de julio no estaba muy lejos del lugar. ¡Cómo todo se había vuelto amarillo! Nunca había estado en esa parte de la ciudad.

—No subo, aquí te espero— volvió a dictaminar por segunda vez aquella tarde.

Abrió la puerta del gabinete del baño y sacando de un vaso de plástico amarillo, un gastado cepillo de dientes, lo colocó al instante junto a la libreta, en el bolsillo del pantalón. Qué extraño, todo le parecía un poco menos amarillo.

—Marta, te construiré una casa al lado del mar.

—Sí, Poeta —dijo ella, recorriendo con una de sus manos la superficie blanca de la almohada. Se puso de pie y en su distanciada desnudez buscó los *jeans*; se vistió. Mauricio la observó y sintió cómo se le metía en los ojos, en la boca, en el alma.

Le dio su espalda a la blancura y al cerrar la puerta, lo hizo con suavidad. Lo que más repudiaba del género humano era esa manía de golpear puertas al entrar y salir. ¿Habría parques en ese recodo de la ciudad?

Abrió la puerta y la cerró de golpe. Pensó en Marta y de nuevo la olvidó. Buscó otro cordón gastado. Se dirigió al baño y tomando uno de los dos cepillos que descansaban en un vaso de plástico blanco, se lavó los dientes, caminó hacia el centro de la habitación y se durmió.